

La visita

Mariano Marco Yagüe



Primera edición: julio 2022

Depósito legal: AL 1881-2022

ISBN: 978-84-1145-268-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Mariano Marco Yagüe

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustración de portada: Paula Marco

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

La visita

*La realidad es tan compleja
que no cabe en un solo relato*

El tío Manolillo

Al *tío* Manolillo nunca le preocupó el significado de «usurero», no estaba en su diccionario, como tampoco la palabra «prestamista».

¿Por qué le iban a contrariar si había nacido y vivido envuelto en ellas?

Las había aprendido en la escuela familiar, las heredó y les dio continuidad. Además, y ahí radicaba su ética, daba solución a muchos paisanos, fueran vecinos de calle, de pueblo o de comarca.

Se le atragantaban los cuentos. Las historias al calor del hogar. Porque se envolvían en el humo de la melancolía y de las lamentaciones.

Por eso, las sopas las sorbía a tragos ruidosos, para espantar fingimientos. Y porque así acallaba el repiqueteo de la cuchara en el tazón. Por otra parte, el ruido al bajar por la garganta hacía un acompañamiento peculiar a sus reflexiones. Porque las cavilaciones, cuando discurría, le nacían entre los dientes y los labios, susurrándolas.

No fue músico, aunque, por la melodía de estos rumores, se pudiera deducir. Porque el *tío* Manolillo todas las tranochadas se preparaba un caldo y un huevo frito.

Algunos días, añadía rebanadas de pan al caldo para convertirlo en sopas, mas, para la cuestión de los ruidos no obstaba que fuera de una o de otra manera. El aderezo sí importaba: lo prefería con un golpe de sal, algún ajo y, sobre todo, un poco de pimentón picante. No es que necesitara teñirlo para engañar al paladar ni para calentarlo, ya que acababa de salir del fuego; digamos que lo pigmentaba para ver hasta dónde llenaba el tazón y lo pimentaba para que su cuerpo se enfebreciera y sudara; así, alcanzaba la temperatura adecuada para conciliar el sueño y dormir a pierna suelta.

Para el huevo frito no necesitaba tanto protocolo. Lo espachurraba con un trozo de pan hasta cubrir el plato y se lo iba comiendo como quien lo impregna frotando. Este mojón le gustaba tanto que lo comía silenciosamente para que nadie lo oyera, sintiera envidia y se acercara a compartirlo. Además, masticando lentamente, se deleitaba el mayor tiempo posible.

Sus pensamientos resonaban suavemente en este rumiar con ecos y en esos susurros expresaba sus conjeturas.

En el vestir, usaba prendas holgadas; alguna vez comentó que así evitaba comprar ropas nuevas y acudir al sastre para que las ensanchara. Adelgazar, él sabía que, por su frugalidad, no

habría de adelgazar, ya que estaba en su justa aunque enflaquecida medida, pero, en cambio, ¿quién le podría decir que no aumentaría de peso?

Había sido soltero toda su vida, lo digo por si surgiera la sospecha de que, en algún momento, dedicara palabra de matrimonio a alguna moza, que al parecer no la hubo, pero, como lo encontramos viejo, todo pudo haber ocurrido.

De este asunto, como de sus pensamientos, no se le escucha nada, aunque, si acercáramos el oído, nos llegarían envueltos en algún susurro.

Para que su sobrina Celedonia supiera que estaba vivo y, por tanto, que no había muerto, tenía una señal testimoniada en la entrada de su casa. La puerta estaba dividida en dos cuerpos, uno sobre el otro. Él, en cuanto se levantaba, abría la portezuela superior. Si estaba enfermo, apenas dejaba una rendija, y, si estaba pletórico de salud, la abría de par en par.

Siempre me ha llamado la atención que no explicaran de dónde les entraba el dinero a los protagonistas de algunas obras para poder vivir: opulentamente unos, sencillamente otros o pobremente los restantes. A veces, nos hemos hecho cruces adivinando por qué la riqueza no se les terminaba nunca. Se acepta ingenuamente que hayan heredado una determinada riqueza y en otros casos no, pero ¿cómo la conservaban? ¿De dónde, qué actividad realizaban para sobrevivir?

Parece que ya se debiera saber o adivinar las circunstancias que determinaban la vida, los bienes y los trabajos del *tío* Manolillo, y que sus actividades no fueron bagatelas, sino cosas de importancia capital, pero con intereses.

Por eso, para evitar esa elucubración de cómo un soltero podría tener una reserva económica, me veo forzado a contarle.

Se ha de volver a aquellos tiempos en que no había bancos ni cajeros automáticos ni libretas, sino que los registros de los préstamos se hacían en papel timbrado; aunque no siempre, porque, a veces, bastaba una libreta de hojas cuadriculadas y espiral de alambre para que se convirtiera en la carpeta y el archivador del prestamista; tales eran los apuntes del *tío* Manolillo.

Ya queda sabido que heredó un dinero que, siendo suficiente, no era duradero, sino que se acababa, no porque el roce y el manoseo lo deshiciera, sino porque el mantenimiento de la vida y de la casa exigían unas compras a las que no alcanzaban los productos que le aportaban unos trozos de tierra: garbanzos, lentejas, judías y patatas.

Por tanto, siguió las enseñanzas y el quehacer de su padre buscando a quien necesitara dinero para fiárselo.

Visitaba, como buen heredero, a los deudores que su padre tenía apuntados en su libreta y que él conocía por ayudarlo y sustituirlo en esas actividades. Fue un buen aprendiz, porque aumentó los ingresos prestando a otras gentes. Con esto, aumentó los intereses y, por tanto, su riqueza. De esta manera, hizo que el dinero produjera y no se consumiera.

Como se puede deducir, sus bolsillos eran las carpetas donde llevaba las libretas y algunos trozos de papel, según necesitara en cada momento por si la libreta se llenaba. Además, el ahorro de material era muy importante y por eso no usaba papel timbrado, como ya hemos dejado entrever.

Él seguía una filosofía muy personal en la que tenía como principio no hacer préstamos de grandes cantidades, porque resultaban muy peligrosos; mientras los pequeños deudores siempre tenían el dinero de los intereses a punto, esos otros intentaban eludirlos y, además, en cuanto les era posible, pagaban la totalidad y se acababan los rendimientos.

Los capitales pequeños iban a manos de gentes humildes, las que, si eran de pueblos algo distantes, siempre le tenían la cena más apetitosa y la cama más blanda junto a los réditos. Por eso procuraba acudir en días separados para aprovechar y ser servido amigablemente. Ese era su mayor gozo.

No le gustaba sentarse junto al fuego para hablar y hablar.

Porque, si escuchaba sus penalidades, se ablandaba y le nacía el espíritu compasivo, y eso era peligroso. Por eso se le atragantaban las historias. Se valía de mil maneras para no escucharlas; además del ruido de tragar, como ya dijimos, intentaba que esos ratos se transformaran en comentarios sobre el tiempo y los sucesos ocurridos, que él contaba como primer cronista.

Lo que sí manifestaba era su sentimiento si no tenían preparado el dinero de los réditos; y, como un gran filántropo, se avenía a intercambiarlo por algún producto, y, valiéndose de esa argucia afectiva, siempre apuntaba a algún animal que tuvieran disponible en aquel momento.

—Bien que os facilito y os hago un favor, que, a mí, ya comprenderéis..., que, para mí solo...

Con este comentario, conseguía rebajar el precio del animal. Lo valoraban y, si superaba los intereses, cosa que difícilmente ocurría, pagaba el exceso.

Por eso, siempre volvía de estos viajes bien cenado, descansado y desayunado, pero además con la cabeza de algún cordero o cabrito asomando por el codujón de la alforja.

También admitía cualquier pieza del cerdo en tiempos de matanza: un pernil, unos chorizos o cualquier otra menudencia que se presentara.

—Es para que no os agobiéis y tengáis que venderlo atropelladamente. Ya sabéis que siempre se aprovechan de los tratos apresurados. En cambio, así, todos nos beneficiamos y salimos ganando.

De estas explicaciones, se deduce que tenía la despensa bien aprovisionada.

Ya sabemos que tenía la puerta como mensajera de su salud. Esto significaba que no salía de casa si no era imprescindible y que apreciaba la olla de sopa y de garbanzos o lo que fuera que le trajera su sobrina. Y recordaba que él cocinó mientras vivió su padre; su madre los dejó siendo joven y alternaba los garbanzos y las lentejas con las judías, las patatas eran para cenar sustituyendo algunas traspachadas a las sopas y al huevo.

Ha de saberse también que no había agua corriente ni baños; por eso, él no se aseaba de otra manera que limpiándose las legañas y, una vez a la semana, aparecía donde el barbero para que lo afeitara. El pelo se lo cortaba cuando a él le parecía bien, por eso pagaba una tarifa anual.

Para las otras necesidades, como no había cadena de la que tirar para que el agua arrastrara las deposiciones, usaba el gallinero. En los bajos de su casa, cuidaba una veintena de gallinas que lo surtían de huevos para la cena. Y estas aves, como buenas cooperantes, lo rodeaban y, entre cacareos, daban buena cuenta de sus residuos escarbando la humedad de sus fluidos.

De dormir, qué se ha de decir sino que roncaba con gran placidez.

Aún queda por contar el juego de préstamos en que incurrían los arrieros del lugar. Con estos tenía una gran confianza. Cuando salían a la venta del pimentón en otoño, acudían a por el préstamo con que pagar el producto comprado al por mayor, que después vendían al detalle de casa en casa a la vez que recibían pedidos de vasos, porrones, jarras, etc., que ellos compraban en las tiendas de la ciudad, y en la primavera volvían a repartir esa vajilla a quien la hubiera encargado.

No todos los compradores tenían para pagar en el momento de comprar el pimentón o la cristalería y esto exigía que, nada más terminar la recolección, por san Miguel, se dieran otra vuelta para cobrar esas deudas. Y cada uno de los que compraron de fiado le pagaban con dinero bueno y recién sacado del producto del campo.

Entonces estos arrieros pagaban religiosamente los réditos más el capital recibido en préstamo. Pero y ellos, los arrieros, ¿qué beneficio conseguían de estos viajes?

El ahorro de una boca en la mesa y la ración de cebada en el pesebre de la caballería más alguna pequeña moneda que se enredaba en el bolsillo. Para aclarar, el beneficio era el ahorrado por haber evitado las tres comidas de un adulto y la de la caballería durante las tres salidas. Iniciaban el recorrido con las manos en los bolsillos y con ellas en los mismos bolsillos

salían de casa del *tío* Manolillo después de pagar su deuda, pero con el atroje sin mermas y la despensa menos agotada.

Por eso llamamos juego de préstamos a esta actividad, ya que se daba una doble fianza: la del *tío* Manolillo y la del arriero. He dicho fianza por el gran parecido a la confianza y la esperanza en la fe de los hombres en los hombres; para entendernos: del arriero en el *tío* Manolillo y del *tío* Manolillo en el arriero, y también del arriero en el comprador y del comprador en el arriero.

La imagen que tenían de él podría ser la misma que reflejaba el espejo que colgaba en la sala de su casa.

Aparecía su imagen como la de un hombre delgado, más bien flacucho, de rostro alargado, blanquecino, con arrugas que le rayaban la frente, le cercaban los ojos y ponían paréntesis a una boca de media luna invertida. No era ancho de hombros, sino caídos, largos brazos y manos pequeñas.

Visto de frente ocupaba poco espacio, suficiente para dar sombra, pero de perfil era tan estrecho que se confundía con una hoja de papel. Todos temían que se lo llevara el viento como se lleva la paja, las hojas de los árboles y las hojas de papel, por qué no decirlo.

Con estas características, cuando marchaba montado en su jumento a cobrar los réditos, y con la libreta de los apuntes en la mano, los imaginativos observadores lo llamaban el papel cuadrulado con los apuntes del haber y del deber.

Algunos se animaban a más y lo nombraban simplemente el Hombre de papel.